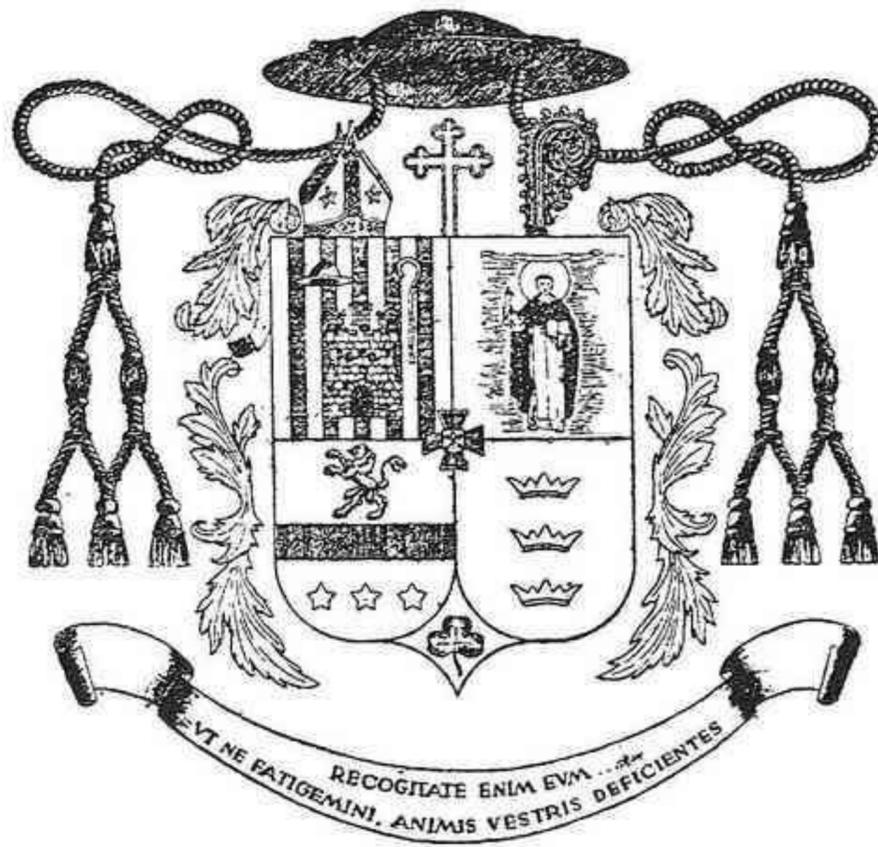


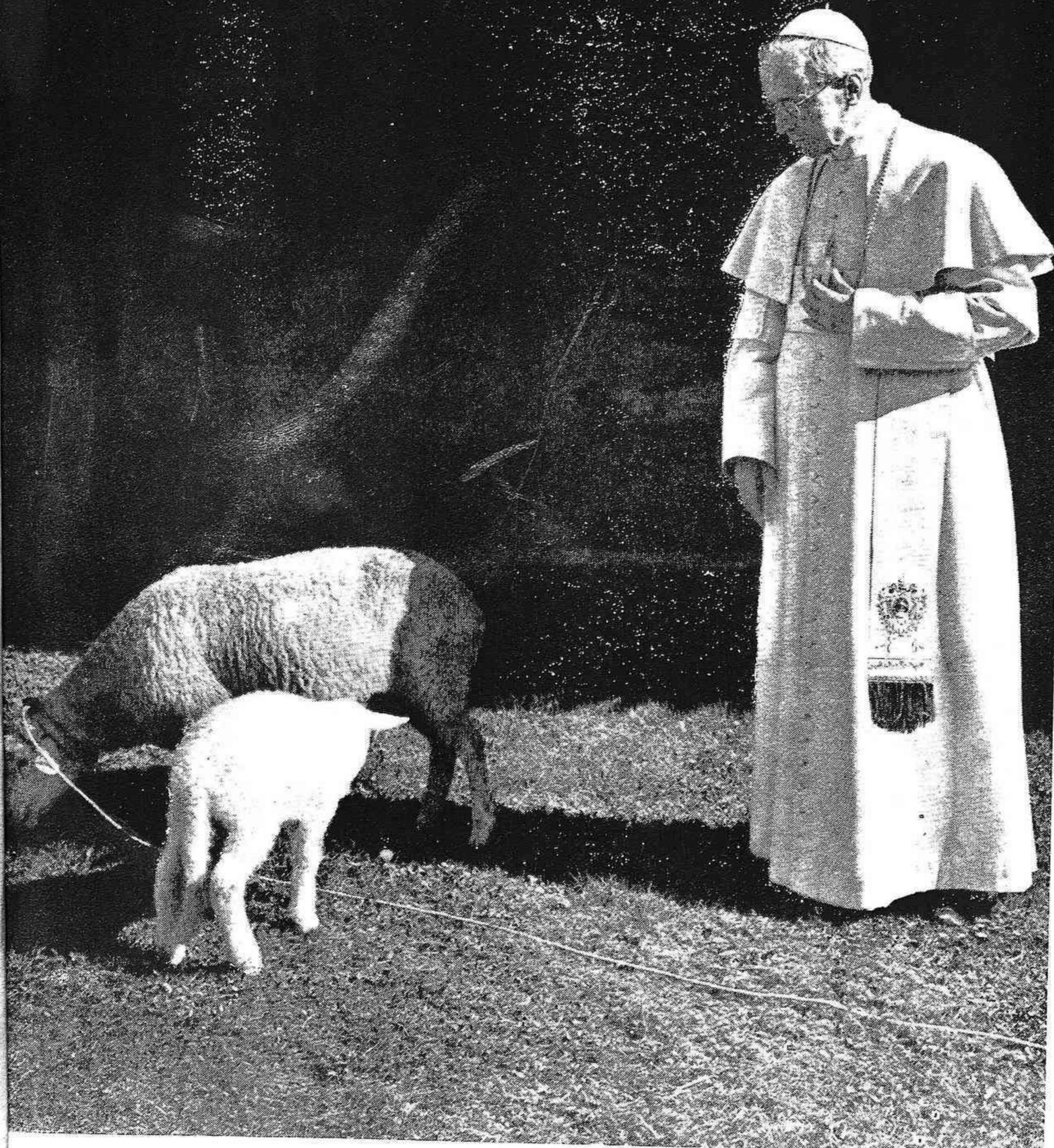
# Boletín Oficial

del

## Obispado de Orihuela



Marzo 1956 - Número extraordinario



A Su Santidad el Papa Pio XII en su octogésimo aniversario,  
con todo calor, la Diócesis de Orihuela

## S U M A R I O

---

	<u>Págs.</u>
Editorial . . . . .	1
<i>Dr. D. Pablo Barrachina, Obispo de la Diócesis.</i>	
Pío XII. Apuntes para una Biografía . . . . .	5
<i>D. Joaquín Martínez Valls</i>	
Actividad Apostólica de Pío XII . . . . .	9
<i>Dr. José Sanfeliu.</i>	
Variedad y Unidad de los Documentos de Pío XII . . . . .	13
<i>Dr. Juan Martínez.</i>	
Pío XII y el Clero . . . . .	20
<i>D. Federico Sala.</i>	
Pío XII y los Seminarios . . . . .	25
<i>D. Diego Hernández.</i>	
Pío XII y la Acción Católica . . . . .	30
<i>D. Tomás Rocamora.</i>	

# Boletín Oficial

del

## Obispado de Orihuela

Dirección y Administración: CURIA DIOCESANA

---

---

NUMERO EXTRAORDINARIO

---

---

### EDITORIAL

**S**ALE a la luz de nuestra Diócesis Orcelitana este número extraordinario, homenaje al natalicio del Augusto Pontífice Pío XII, y nada más natural. Queremos ser voceros de unos pensamientos, que todos tenéis, y manifestación de unos afectos, que todos sentís. Para que nuestras Parroquias sean, en estas fechas, como incensarios que esparzan por doquiera el perfume de un Magisterio, envuelto en una oración por Su preciosa vida. Porque estamos seguros de que, al romper el frasco, como María de Magdala en casa de Simón el Leproso, toda la Humanidad va a quedar envuelta en su suave olor.

Captad, si no, el eco gigante que empieza a tener anchura de Universo, con que se trata de felicitarle en Su año ochenta. No cabe la hipérbole en nuestra apreciación. El Papa es de todos; como la Iglesia, como el Señor que la creó, que hace salir el sol sobre buenos y malos. Y el Papa Pío XII, además de serlo por representar a Nuestro Señor, ha hecho llegar a la convicción de todos, aún de los que no conocen el Dogma del Primado, esta realidad: Pío XII es universal.

Con esta ambición, natural, se presentó al Mundo en su primera carta Encíclica «Summi Pontificatus». Excluir a la Iglesia en la restauración del nuevo orden es vana petulancia, edificar sin cimientos. Y, como demostración evidente, ahí está la Historia de la Diplomática Vaticana lle-

*nando un ancho periodo de reconstrucción pacifista. El Papa «Pacelli», el «Príncipe de la paz», el «Pastor Angelicus», como le llama el pseudo-Malaquías, no trae otro lema que la paz. Sobre las rocas de la fe, la justicia y la caridad, y como del centro de su gran corazón, una blanca paloma nos trae el mensaje del olivo. Esas son sus armas: «espirituales; no armas ofensivas y sangrientas son las de Nuestra mente y de Nuestro corazón», dijo en su Radiomensaje de 14 de Abril de 1941. Y en su esfuerzo, en su, casi diríamos, guerra por conseguir la paz, no ha querido más que abrazarnos a todos en convivencia de hermanos, sin las aristas de una fría coexistencia.*

*La «masa» tiene leyes de inercia y el hombre, solitario, de espaldas a Dios, de muerte. En el positivo ambiente de la paz sólo el espíritu, superior a la materia, puede ser generador de vida y vida fecunda. Las potencias internacionales son hoy, por materiales, como pares de fuerzas que se suman, se equilibran o contradicen. Ejemplos palmarios son esos pactos de amistad y esas políticas de equilibrio. Cristo—Dios y Hombre verdadero, unión de dos naturalezas en una persona—es modelo de toda elevación de la materia por el espíritu. Y en nuestra incorporación a El, fin total de la Redención, está nuestra salvación individual y social. La «Mystici Corporis» demuestra las condiciones únicas de nuestra incorporación y la función de la Iglesia que nos lleva a Cristo.*

*El Papa es de todos. Quiere engarzar todos los valores en la corona grande que lucirá la Iglesia al presentarse al Esposo. Y, como no hay tiempo que perder, quiere, en la redada, traer al mundo Protestante y Oriental hacia la Verdad y la Disciplina. Así nos lo manifestó en la «Divino afflante Spiritu» y «Orientalis Ecclesiae», respectivamente, donde expone el programa completo de fe, caridad y autoridad, que hay que hacer cumplir si se quiere «instaurar todas las cosas en Cristo».*

*¿Peligros...? Además de nuestra flaqueza, tres, como cabezas: Racionalismo dogmático, Evolucionismo exagerado y Existencialismo. Nuestra barquilla que viene de Dios y a El va, necesita de la Fe y de la razón, es lo que nos dice en la «Humani generis».*

*El Papa es de todos. Magna christianorum conscientiae insonuit hora. En el movimiento del mundo a su Centro, Pio XII, además de Cerebro orientador, es Corazón que alienta y provee. Los pueblos, cansa-*

dos, deben encontrar, en su vuelta a la Casa Paterna, el sabor de las viandas del Hogar. La Encíclica «Mediator Dei» es invitación a la oración y al silencio. Que en la celda habla Dios y se equilibra el alma. «De otra suerte, la religión se convierte en un formulismo sin fundamento y sin contenido». Al contrario, el culto externo, sentido y realizado, evidencia la unidad del Cuerpo Místico. Concepto cabal de la Liturgia.

Elemento básico para los Sacerdotes, que se completa en la «Menti nostrae». Debemos ser el humor de esta tierra seca, la levadura del nuevo mundo mejor, según el Pregón de 1952.

San Ignacio, en aquella visión total del mundo, del Principio y Fundamento, hace del hombre el Rey de la creación. Todas las cosas le deben servir, como esclavas, para él entregarse al servicio de Dios, su Señor. El hombre es centro de todo lo creado. No sólo centro; sino resumen maravilloso. Pío XII está empeñado en esta Obra gigante, porque El, personalmente, es ese microcosmos, cifra de la belleza de un mundo, creado para tal perfección. Y así se explica, cómo sabe encontrar cuanto de bueno y amable hay en todos los hombres, de cualquier latitud, de no importa qué raza, de una u otra religión. Y, sin concesiones cobardes ni contemporizaciones diplomáticas, los atrae con esa su bondad, como si dijéramos ejemplar. Pío XII es el Papa de todos, porque es el Pontífice de todo.

Los hombres están trabajando en carrera de armamentos para ser capaces de desintegrar el mundo en su día. Este Hombre vive en perpetua vigilia, para reintegrarlo. Dios nos lo conserve.

† **PABLO, Obispo de Orihuela**



# Pío XII

## *Apuntes para una Biografía*

En Roma nadie se siente extranjero. Todos los fieles del mundo, mientras están en la Urbe, son ciudadanos romanos. Tanto es así que los naturales de la Ciudad Eterna, para distinguirse de los demás, afirman con cierto orgullo que son «romanos de Roma». Tal ocurre con el gran Pontífice Pío XII. Y por añadidura, del «romanissimo» barrio que se extiende entre el castillo de Sant'Angelo, Plaza Navona y Palacio de la Cancillería, del gran Bramante. Exactamente, en la «Via degli Orsini, Palazzo Pediconi, terzo piano», como anotó el encargado del Registro Civil. Fué precisamente en las primeras horas del 2 de marzo de 1876; era el tercer vástago de Felipe Pacelli y Virginia Graziosi, familia cristianísima. Sobre todo su abuelo paterno, Marcantonio, era muy apreciado en la Curia; doctor en leyes y abogado Rotal, fué prácticamente el fundador, en 1861, de «L'Osservatore Romano». A los dos días del nacimiento, fué bautizado el niño en la Parroquia de S. Celso y S. Julián; le impusieron los nombres de Eugenio María, José, Juan.

Empieza sus primeros estudios en el Instituto Marchi, no lejos de la plaza Venecia; cuando apenas contaba diez años pasa al Colegio Romano, antigua Universidad Gregoriana de los PP. Jesuitas, y convertido en Liceo seglar, quizá demasiado, con el nombre de Real Instituto Ennio Quirino Visconti. Allí entró niño Eugenio para llegar a los umbrales de la Universidad como uno de los alumnos más «prometedores». Contaba 18 años. Es el año 1895, cuando más triunfa el positivismo. Y Eugenio, con resolución bien meditada, sin dejarse llevar por el fuerte anticlericalismo reinante, aun entre varios de sus compañeros, entra en el Seminario Capranica. Y troca las aulas de la Universidad laica, por las de la Universidad Gregoriana primero, y el Ateneo de San Apolinar, hoy Lateranense, después.

A pesar de su débil salud, con auténtico espíritu y extraordinario aprovechamiento, va pasando los cursos, hasta recibir las órdenes sagradas. Nada más elocuente que transcribir lo que el novel sacerdote escribió en su recordatorio: «Año 1899. Eugenio Pacelli, romano, en el solemne día de la Resurrección de Jesucristo (2 abril) elevado al Sacerdocio, celebró su Primera Misa al día siguiente en la Capilla Borghesiana, en el templo Liberiano (Sta. María la Mayor). Santa Madre de Dios, ante cuya ara sacrificué por vez primera al Dios Inmortal, tú, que con gozo eres llamada «salud del pueblo romano», asísteme».

Contra lo que esperaba, Eugenio fué un sacerdote sin parroquia. El entonces Mons. Gasparri, luego Cardenal, le llamó a la Secretaría de Estado, en donde tres años más tarde, era ya «Minutante». En la Iglesia hay muchas tareas y todas meritorias, si se cumplen con espíritu de sacrificio y de auténtico servicio. Allí trabajó con Mon. Della Chiesa, que años mas tarde sería Benedicto XV. Y Eugenio resuelve los asuntos ordinarios de oficina, con la misma delicadeza de conciencia que si estuviese tratando directamente con las almas. Al fin y al cabo en beneficio de ellas, miembros de la Iglesia, redundaba todo. Santificándose y santificando. Sus ocupaciones ordinarias no le impidieron, en los ratos libres, ejercer el ministerio directo en la Iglesia de Sta. María in Vallicella, bajo la mirada de S. Felipe Neri.

Pronto es nombrado sustituto de la Congregación de Asuntos Extraordinarios. Dos años mas tarde estalla la Guerra Europea. ¡Cuántos asuntos resolvió entonces! ¡Cuántos trámites para canje de prisioneros, informaciones, asistencia a heridos y necesitados, repatriaciones, indultos de penas capitales, etc. etc.! El 13 de mayo de 1917 es consagrado Arzobispo titular de Sardi, para ser enviado como Nuncio Apostólico a Alemania; tarea difícil y delicada; había que sondear con el Kaiser las ocultas propuestas de paz e insinuar condiciones, etc., que después Su Santidad habría de tratar con los aliados... y no encontró el Papa otro más adecuado para esta difícilísima misión que a Eugenio Pacelli. Y si falló el plan de «paz sin victoria» de Benedicto XV, fué por culpa del Canciller Jorge Michaelis, hombre sin genio ni energía, que sucedió a Bethmann-Hollweg. Como Nuncio Papal en Munich y Alemania, negoció sendos concordatos con los respectivos gobiernos. De él afirmó el mismo Kaiser Guillermo II que era «un hombre amable y distinguido, de elevada inteligencia y trato exquisito, tipo perfecto de eminente prelado de la Iglesia Católica». Finalmente, en Otoño de 1929, era llamado a Roma. A los 53 años de edad, recibía el capelo cardenalicio y la púrpura; justo premio al que había pasado por la sangre y el fuego sin mancharse ni de parcialidad, ni de bajeza alguna.

En 1930 es nombrado Secretario de Estado, donde 30 años antes había entrado como sencillo «Minutante». Es el Presidente de la Comisión Cardenalicia para la custodia de los bienes de la Santa Sede, Arcipreste de la Basílica de San Pedro, Canciller del Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana y Carmalengo de la Santa Iglesia, a estos habría que añadir otros cargos y ocupaciones, entre los cuales baste citar «protectorías» de Ordenes, Congregaciones e Institutos Religiosos. Todo lo cumplió, como hasta entonces, fidelísimamente. No se equivocó el gran Pío XI, cuando al nombrarle Secretario de Estado, le añadía: «vuestro espíritu de devoción y oración es lo que Nos mueve a este nombramiento y Nos da la seguridad de que lo desempeñaréis con la plenitud de la divina asistencia. Asimismo los puestos que habeis ocupado hasta aquí... demuestran los dones y cualidades con que os ha enriquecido la Divina Bondad y que sabreis emplearlos a gloria del Donador Divino y en servicio de la Iglesia». Y así fué.

Pío XI quiso confiarle altos encargos personales, fuera del marco de la Secretaría. Y marchó a Buenos Aires, como Legado «ad Latere», para presidir el XXXII Congreso Eucarístico Internacional, en octubre de 1934: tocó antes en Rio de Janeiro y en la Cámara de diputados pronunció un discurso sobre el deber y misión de los que promulgan las leyes. Más tarde es enviado a Lisieux, en donde más de medio millón de franceses le aclamaron mientras consagraba la Catedral levantada a la «Petite Reine». Otra vez marcha a Francia, a Lourdes, donde se conmemora el 75 aniversario de las apariciones a Bernardette. Y en mayo de 1938, legado en el XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, entusiasma a las multitudes congregadas en la Heldenplatz (Plaza de los Héroes) de Budapest; y en la Ciudad del Danubio glosa las palabras evangélicas «Eritis mihi testes», que resonaron a profecía tristemente cumplidas. Antes, realizó un viaje de casi 13.000 kms. por EE. UU. en misión privada; se entrevistó con el Presidente. A su regreso comentaba cariñosamente Pío XI que era «Nuestro Cardenal transatlántico y panamericano». En todas partes se mostró de una talla superior y exquisita; es que siempre dejaba traslucir a Dios, que moraba en su alma. Asombraba la facilidad con que se expresaba en francés, español, alemán, portugués o inglés, pasando de una lengua a otra como si fuese su idioma nativo. Tanto que el mismo Pío XI, admirado y conmovido, lo definió «Orador pentecostal».

Madrugada del 10 de febrero de 1939. Pío XI, había recibido los últimos sacramentos, está en la agonía. Junto a él se encuentran el Cardenal Pacelli y el Cardenal Caccia-Dominioni. Y entrega su alma al Creador; el Cardenal Pacelli, como Carmalengo de la Santa Iglesia, toma el martillo de plata y golpea suavemente las sienes del Pontífice fallecido; y por tres veces, según rito, le pregunta: «¿Duermes, Achiles Ratti?». Tras una pausa se vuelve a los presentes para decir «Sí, el Papa ha muerto».

Es el Cardenal Carmalengo el que ha de preparar el Cónclave. El miércoles 1.º de marzo hay en Roma sesenta y dos Cardenales, de los cuales treinta y seis italianos y veintisiete de otras nacionalidades. Había quien afirmaba que el Cardenal Pacelli ya se había «terminado» y pasaría a segundo lugar, como ocurrió con los grandes Cardenales Secretarios de Estado Rampolla, Merry del Val y Gasparri. Otros veían en él al hombre providencial y le colocaban el primero en las listas de «papabili»; pero eso mismo les hacía temer, según el refrán romano, intérprete de las usanzas vaticanas, de que «quien entra Papa al Cónclave, sale de él Cardenal». Pero la Providencia desmintió, una vez más los dichos de los hombres; Eugenio Paxcelli entró al Cónclave «papable» y salió de él convertido en Pío XII. Después de sólo dos humareras negras, otra blanca alborota a la multitud congregada en la Plaza de San Pedro; poco después se abre el balcón central de la Basílica Vaticana, y el Cardenal Caccia-Dominioni, anuncia con voz fuerte «Papam habemus; el gentío, trasportado de entusiasmo, rubrica con sus vítores la elección; en el interior, el nuevo Pontífice se recoge en profunda oración.

Era media tarde del 2 de marzo de 1939. Eugenio Pacelli, ahora Su Santidad Pío XII, convertido en la Cabeza visible de la Iglesia visible. Precisamente cumplía aquel día sus 63 años de vida.

El 12 de marzo fué solemnemente coronado. El Tu es Petrus resuena en la Basílica y se siente en los corazones. E inaugura Pío XII su glorioso Pontificado. Los pormenores del mismo, lector benévolo, trascienden los límites impuestos a mi artículo. Otros le hablarán; pero, sobre todo, hablará la Historia. Su intervención en la guerra y su labor de paz continua es harto conocida. Las grandes Encíclicas y las grandes reformas —Cristus Dominus sobre el ayuno, los Institutos Seculares, la Liturgia de Semana Santa, etc., etc. son otras tantas glorias de su Pontificado. Pero lo que no olvidará el Papa jamás, como no lo olvidamos los que tuvimos la dicha de presenciarlo, es la jornada gloriosa del 1 de noviembre de 1950 en que, ante 36 Cardenales y 600 Arzobispos y Obispos y más de 500.000 fieles, pronunció la solemne definición dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen a los Cielos. La Plaza de San Pedro era comparable sólo a lo que será el valle de Josafat...; fué la mejor corona que el Papa podía ofrecer a Nuestra Señora. Resumiendo, el Papa actual es el Pastor providencial que el mundo y la Iglesia necesitan en estos difíciles tiempos; y hace honor a su apellido Pacelli—de «pace», paz y al escudo y lema que escogió para su Pontificado: la auténtica Paloma de la Paz y el mote «Opus Justitiae pax». Ese es Pío XII; sembrador de mucho Cielo en la tierra; buscando siempre la concordia entre los individuos y los pueblos; sembrando la paz en todas las dimensiones, naturales y sobrenaturales, de la vida. De él se dirá, como de Jesús, que pasó haciendo el bien...

**Dr. Joaquín Martínez Valls,**

Coadjutor del Sdo. Corazón de Elche

## *Actividad Apostólica de Pío XII*

---

La próxima fecha del 2 de marzo no podía pasar inadvertida en la Iglesia, por cumplirse en ella el octogésimo aniversario del nacimiento en Roma de Su Santidad el Papa Pío XII, feliz y gloriosamente reinante. Por eso el mundo católico se apresta a celebrar con extraordinario júbilo este aniversario; rindiendo al Augusto Pontífice un fervoroso homenaje de adhesión y devoción a su sagrada persona, y dando gracias a Dios por la conservación de la preciosa vida del Santo Padre, a la vez que pidiéndole la prolongue todavía bastantes años para bien de la Iglesia.

El Cabildo Catedral de Orihuela debe al Sumo Pontífice perenne agradecimiento. A la Santa Sede Apostólica debe su Diócesis y su Catedral. Claro que lo mismo se lo deben todas las ciudades que los tienen. Pero nosotros de un modo especial; por cuanto Orihuela, aún cargada de glorias con su más que milenaria historia, no se imponía como otras muchísimas por su capitalidad; y, sin embargo, obtuvo su Sede Episcopal, su Iglesia Catedral y su Cabildo, después de una demanda secular, graciosamente de la Santa Sede. Y al Papa debe el Cabildo Catedralicio de Orihuela todos sus privilegios, que son muchos y valiosos.

Por eso, pues, el Cabildo Catedral de Orihuela se honra sobre manera sumándose al homenaje que dedica el Obispado al Santo Padre por medio de este su órgano oficial. Y por eso acepté complacido la invitación que me hizo el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis para escribir este artículo, llevando en mi modesta persona, como Deán, la representación del Ilustrísimo Cabildo.

Difícil, sin embargo, resulta escribir un artículo sobre el actual Pontífice Pío XII; no ciertamente porque haya poco que decir; sino, todo lo contrario, porque hay demasiado que decir; y así no acierta uno a concretar convenientemente en un sencillo artículo de reducidas dimensiones lo que forzosamente debe decirse sobre cualquiera de los múltiples aspectos de su veneranda persona o de su luminosa vida.

Al fin, me decidí a ocuparme de la *actividad apostólica de Pío XII*, porque es lo que más ha llamado siempre mi atención.

Esta actividad es sencillamente prodigiosa. Jamás se habrá visto quizás en la historia de la Iglesia un espectáculo semejante; el de un Papa que se haya movido más en sus diecinueve años de Pontificado; que haya escrito más; y que haya hablado más...

Congresos Internacionales y Nacionales; Asambleas; Semanas; Beatificaciones; Canonizaciones; una Definición Dogmática (la de la gloriosa Asun-

ción de la Stma. Virgen María en alma y cuerpo a los Cielos); Misiones; Encíclicas; Discursos; Cartas; Mensajes; Audiencias públicas y privadas; y la ingente y delicada carga de la Secretaría de estado... He aquí un índice de la maravillosa labor, de la actividad prodigiosa del Santo Padre.

Esta prodigiosa actividad de Pio XII, unida a la extraordinaria fecundidad de su pensamiento, ha formado durante su trascendental Pontificado un caudal tan crecido de realizaciones que resulta casi imposible relatarlo siquiera.

Entre sus múltiples actividades ocupa lugar preeminente, por la importancia y significación doctrinales, así como por su influencia en la trayectoria de la Iglesia Católica, el monumento imponente de sus Encíclicas y Escritos Apostólicos, tan llenos de profunda doctrina cuanto de doctos consejos y enseñanzas ejemplares. Y no hago sino indicar esta idea porque se trata expresa y largamente en uno de los artículos de este número.

Otra idea quiero apuntar sobre las actividades del Santo Padre; y es la de su afán por el progreso de las Misiones, por la prosperidad de la Iglesia Oriental y por la unión de las Iglesias disidentes; persiguiendo el ideal de la catolicidad. De lo cual son muestras harto elocuentes la multiplicación de Vicariatos y Prefecturas, la consagración de Obispos de raza de color, la creación de Cardenales en las cinco partes del mundo y en la mayor parte de los países, la colocación del Cardenalato a los Patriarcas de los Sirios y de los Armenios y a dos Arzobispos uno de raza china y otro de raza india, y la constitución de la Jerarquía Eclesiástica en los países de raza amarilla y de raza negra, y la ampliación de la misma Jerarquía en casi todos los países del mundo.

A este respecto, y por su especial significación, nos permitimos aducir estos datos estadísticos. Durante el Pontificado de Pio XII, se han creado nada menos que 133 Sedes Arzobispales y Episcopales— (en nuestra España cuatro: las de Albacete, Bilbao, Huelva y San Sebastián) —; se han elevado a Sedes Arzobispales 46 Vicariatos Apostólicos; se ha elevado a Sede Arzobispal una Prefectura Apostólica, (la de Taipeh, en la Isla de Formosa); se han elevado a Sedes Episcopales 161 Vicariatos Apostólicos; se han elevado a Sedes Episcopales 26 Prefecturas Apostólicas; se ha elevado a Sede Episcopal una Misión «sui generis», (la de Bellary, en la India); se han creado 29 Abadías o Prelaturas «nullius»; se han creado 5 Administraciones Apostólicas; se ha elevado a Prelatura «nullius» una Administración Apostólica, (la de Copiapó, en Chile); se han creado 8 Exarcados Apostólicos; se han creado 48 Vicariatos Apostólicos; se han elevado a Vicariatos Apostólicos 72 Prefecturas Apostólicas; se han creado 82 Prefecturas Apostólicas (entre estas la española del Sahara Español e Ifni) ; se han elevado a Prefecturas Apostólicas 7 Misiones «sui generis»; y se han creado otras 7 Misiones «sui generis».

Y pláceme apuntar otra idea sobre las actividades de Pío XII, por su importancia internacional para gloria de la Iglesia; y es la de su fructífera

labor en la dirección personal de la Secretaría de Estado. Porque Su Santidad refiene esta Secretaría que ya tenía en el anterior Pontificado de Pío XI; y en su Pontificado establecieron o reanudaron las relaciones diplomáticas con el Vaticano once países: Japón, China, Egipto, Filipinas, Finlandia, India, Pakistán, Líbano, Paraguay, Uruguay, y, con carácter personal y especial, Estados Unidos de América. Esto hasta los primeros meses del año 1952. Y después y hasta hoy han establecido relaciones diplomáticas algunos países más.

Y esta actividad de Pío XII es verdaderamente apostólica. No sólo en el sentido canónico, litúrgico y católico, por ser del Sumo Pontífice de la Iglesia; sino en el sentido etimológico, histórico y real. Es decir, que toda la labor de Pío XII es labor de apostolado; de apostolado de la palabra, de la pluma y de la radio; de apostolado en lo dogmático, en lo moral, en lo canónico, en lo escripturístico y exegético, en lo litúrgico y en lo misional; de apostolado en lo social, en lo político, y en lo diplomático; de apostolado en lo científico, en lo cultural, en lo literario y en lo histórico; de apostolado en el ámbito de la Música y de todas las Bellas Artes, y hasta en el campo de los Deportes... De todo habla el Papa, y de todo habla bien; y para todo tiene la palabra precisa. Y en todo enseña como Maestro; y en todo señala el deber que incumbe a las almas, y define la posición que han de adoptar los católicos; y en todo busca la gloria de Dios y el bien de las almas cuyo cuidado supremo le está confiado por Jesucristo, del cual es Vicario en la tierra.

Sin duda el Santo Padre en el desarrollo de su labor apostólica hará tuyas las palabras de San Pablo a los fieles de Corinto: «*La caridad de Cristo nos apremia*». Y por eso se moverá tanto, y trabajará tan de prisa, y sin descanso. Es el apremio que para trabajar por Cristo y por su Iglesia han sentido los grandes apóstoles; el mismo que sentiría nuestro gran patriota el Apóstol de la India San Francisco Javier; a quien uno de nuestros mejores poetas y dramaturgos contemporáneos hace decir a una dama de la Corte del rey Don Juan III de Portugal:

Soy más amigo del viento,  
Señora, que de la brisa...  
Y hay que hacer el bien de prisa,  
Que el mal no pierda momento.

Porque Pío XII no descansa, ni siquiera cuando está enfermo de veras y de cuidado. Su mismo médico no puede frenar su actividad y su constante preocupación por el trabajo. Pío XII es infatigable. No que no sienta la fatiga; que la ha de sentir físicamente como hombre, y más ahora en su vejez; sino que no le puede la fatiga. Y por eso apenas si se toma vacaciones en verano en su residencia de Castelgandolfo, que son muy relativas.

Además, Pío XII, ni por cansancio, ni por vejez, deja su cargo supremo, ni se desentiende, ni mucho ni poco, del trabajo enorme que pesa sobre él.

No ya resignando su cargo. Que esto no lo hizo otro Papa más que San Celestino V. ¡Y quiera Dios que no imite este ejemplo el actual Papa! Pero ni siquiera se jubila Pío XII en un sentido lato, cediendo a las exigencias de la edad y de sus achaques físicos; y así desligándose más o menos y desentendiéndose de parte de los asuntos, y encomendándolos a las Sagradas Congregaciones Romanas y a otros Organismos Eclesiásticos; sino que trabaja personalmente y se ocupa personalmente de todo. Para que aprendamos de él todos los ministros de la Iglesia y todos los sacerdotes a no admitir jubilación en nuestro ministerio y en el trabajo de hacer bien a las almas. Porque también nosotros hemos de hacer nuestras las palabras del Apóstol San Pablo: «*La caridad de Cristo nos apremia*». Y esta resolución de trabajo constante por Dios y para las almas es el mejor obsequio que podemos hacer al Santo Padre en el próximo octogésimo aniversario de su nacimiento, para proporcionarle un gran consuelo en los años, muchos o pocos, que aún Dios Nuestro Señor le conceda de vida.

¿Y cuál es el secreto de la maravillosa actividad del Santo Padre? Sin duda alguna su santidad, y su honda vida interior.

Actividad, al fin, es dinamismo; y dinamismo dice fuerza y movimiento. Pero esta fuerza y movimiento viene al Santo Padre de dentro, de muy adentro; de su alma santa y unida con Dios Nuestro Señor; de donde sale y se manifiesta al exterior.

Desde luego Pío XII hace honor a su nombre, al que tomó cuando fué exaltado al Pontificado. Es piadoso. Su piedad la revela en su vida y en todos sus escritos. Refulge singularmente en las hermosas oraciones que él mismo compuso para el Año Santo 1950, para el Año Mariano 1954, y con motivo de la definición del Dogma de la Asunción de la Sma. Virgen María.

Pío XII no es sólo «Su Santidad» o el «Santo Padre»; sino que es el Papa **santo**. (Y escribo **santo**, así con letra minúscula, porque no quiero prevenir las decisiones de la Iglesia, y reflejando solamente mi opinión personal; que creo, sin embargo, comparten millones de fieles católicos, que conocen la santidad de su vida, y saben algunas de las maravillas que Dios ha hecho con él).

Yo confío, por pocos años que muera antes que yo, ver a Pío XII canonizado y elevado a los altares, para gloria de Dios, para exaltación de la Iglesia, y para ejemplo y patrocinio de los fieles. Y digo como el Santo Job: «*Reposita est haec spes mea in sinu meo*». Esta mi esperanza la tengo puesta en lo más íntimo de mi pecho.

Orihuela, 15 de Febrero de 1956.

**Dr. José Sanfeliu.**

Deán de Orihuela

## *Variedad y Unidad de los Documentos de Pío XII*

Muy desorientado debe de andar el mundo en los últimos tiempos, cuando el Papa Pío XII, en documentos, discursos y radiomensajes, ha adoc-trinado a la Humanidad como en ningún periodo de la Historia.

En un mundo fluctuante entre errores contrapuestos, Pío XII, firme en la roca de Pedro, ha apacentado las ovejas y los corderos de su grey y ha conseguido que su voz sea escuchada con respeto entre herejes y paganos. Bien se le pueden aplicar las palabras de Dios a Jeremías: «Yo he puesto mis palabras en tu boca y te doy poder sobre los pueblos y reinos».

Si muchos no han creído en el milagro de la aparición de Jesucristo a Pío XII, todos han creído en el milagro de su fecundo magisterio, pues milagrosa parece esa asombrosa fecundidad documental.

Para todos ha sido luz serena que ha iluminado caminos de justicia y de paz. Para nosotros ha sido, además, el eco de la revelación que conserva en su depósito solución para todos los problemas porque es «la confianza paternal de los secretos de Dios».



Pío XII ha publicado unos DOSCIENTOS DOCUMENTOS ocasionados por las exigencias ideológicas, doctrinales, técnicas y sociales. Parte han sido derivadas de los conflictos internacionales, parte de los grandes problemas que ya trataron sus predecesores sobre peligrosos movimientos teológicos y sociales.

Hay una parte muy importante dedicada a la santificación del Clero y de los fieles y al impulso apremiante de llevar la verdadera doctrina antes de que se adelanten el falso cristianismo y la falsa mística protestante en los pueblos paganos.



Es imposible, por tanto, comprender en un artículo toda la obra docu-mental de Pío XII. Entre la espesa selva, sobresalen algunos de peculiar importancia.

Sin aspiraciones exhaustivas ni en la enumeración ni en el comentario de la labor documental, veremos que Pío XII, a medida que va manifestan-do las bellezas de la verdad católica, va descubriendo su peculiar imagen espiritual.

Esto nos basta. Ya aparecerán en revistas trabajos muy completos de este Papa que llena uno de los más fecundos periodos del Pontificado y que ha elevado su prestigio a alturas insospechadas hace unas décadas de años.



Coronado pocos meses antes de la última guerra, con su lema ya presagiaba su labor pacificadora: OPUS JUSTITIAE, PAX.

La angustiosa llamada en vísperas de la gran conflagración, era el aviso paternal para prevenir todos los males que él presentía. «La justicia, decía, se abre camino, no con la fuerza de las armas, sino con la fuerza de la razón. Nada se ha perdido con la paz. Todo puede perderse con la guerra».

Por desgracia, sus palabras no frenaron la manía bélica de quien no bajó de su pedestal estatolátrico con la valiente «Mit brenender Sorge» de Pío XI.

Ya en plena guerra, publicaba la «SUMMI PONTIFICATUS» y de su corazón de Padre salía un dolido quejido ante las angustias de la martirizada Polonia.

Mitigar las crueldades de la guerra y reafirmar las bases de la paz, han sido el tema de docenas de documentos y radiomensajes.



Apenas iniciada la guerra, ya preveía Pío XII un NUEVO ORDEN e iba delineando, en años sucesivos, con sus mensajes navideños, las condiciones del nuevo orden interior de las naciones y del nuevo orden internacional.

Pero este orden nuevo ha de sustentarse en bases muy antiguas. «Ante el fracaso de los valores humanos, hemos de recurrir a los divinos». Hemos de huir de la «moral nueva», existencialista, y de los peligros de la «coexistencia».



Un nuevo orden ha de dirigirse a UN MUNDO MEJOR.

El día de la Virgen de Lourdes, hacía al mundo esta revelación: «Hemos escogido esta festividad, dice, porque conmemora las prodigiosas apariciones, en aquel siglo de desbordamiento racionalista y de depresión religiosa, que fueron la irresistible llamada a lo sobrenatural y el primer paso para una progresiva renovación religiosa».

«El mundo actual está abocado a la ruina». Los dirigentes de las naciones quieren sacar del atolladero a esta infortunada Humanidad y no hay fuerza capaz de hacerlo fuera de la Iglesia Católica. A ella acuden como guía y el Papa asume la responsabilidad de conducirla.

Ve Pío XII que está llegando para la Iglesia un PORVENIR ARROLLADOR. Los pueblos nuevamente han de acudir a la Iglesia para solucionar los problemas inminentes. Es la hora de trabajar y no de discutir.



Para un mundo mejor, una mejor JUSTICIA SOCIAL.

Pío XII ha creído conveniente recordar que la Iglesia está equidistante del Liberalismo y del Estatismo.

La «Rerum novarum» y la «Quadragesimo anno» fueron puestas al día al celebrarse el «CINCUENTENARIO» de la famosa Encíclica de León XIII.

Si al final del siglo XIX el fariseísmo se había escandalizado de la doctrina social pontificia; si la restauración del orden social en plena conformidad con la ley evangélica de Pío XI no penetraba en los reductos capitalistas, Pío XII seguirá avanzando y deduciendo consecuencias insospechadas para los egoístas.

Desde la «Sertum letitiae», sobre la libertad de sindicación de los obreros, pasando por la del referido Cincuentenario, en documentos y alocuciones a los sindicatos, a los movimientos obreristas, a las organizaciones internacionales, no ha perdido ocasión de concretar y especificar los derechos de los trabajadores y el concepto cristiano de la empresa.

No se lograrán ni el nuevo orden ni el mundo mejor sin una justicia social más humana y más cristiana. «No hay que reservar a la caridad cristiana la función dulce de atenuar el clamor de los desafortunados dejando intacta una situación de injusticia».



Para la renovación del mundo moviliza a todos. Pero tiene una especial milicia organizada, en cuyo origen intervino muy de cerca y cuya organización va a completar: la ACCION CATOLICA.

Delineada la organización de este ejército seglar de apostolado por Pío XI, y recogidas y compulsadas las experiencias, Pío XII ha pasado del estado de formación al de actividad. La reorganización y la aplicación de nuevos métodos de eficiencia pudieron ser la razón de que se insinuara sinceramente una pérdida de la actualidad de la Acción Católica.

La confianza con que Pío XII deposita las consignas prácticas en este activo ejército para la difusión y tutela de la vida cristiana y los copiosos documentos que van detallando minuciosamente la organización han desmentido tan equivocada apreciación.

¡Cómo enunciar, siquiera, los discursos a las Ramas de Acción Católica Italiana, a las asociaciones juveniles y a los Religiosos para la formación de centros internos de A. C. en los colegios!

Mejor que rectificar métodos, podemos decir que ha completado los precedentes para darles más actualidad y más eficiencia.

Con la «BIS SAECULARI» quedó solucionado el enojoso y quisquilloso problema interno de las milicias seglares de apostolado, a la vez que se ampliaba el campo de la verdadera Acción Católica.

Hasta en las Misiones espera el Papa mucho de la Acción Católica.



Tres Encíclicas de los tres últimos Papas marcan tres avances del MOVIMIENTO MISIONAL.

Benedicto XV daba en su «Maximum illud» la llamada. Pío XI en la *Rerum Ecclesiae*, dejaba entrever una lejana esperanza. Pío XII en su «*Evangelii praecones*» ya presenta el mundo misional como una aurora con aires postpentecostales.

Sin embargo, le dolerán las heridas de la China y las de la «IGLESIA DEL SILENCIO», con sus mordazas y narcoanálisis. El «caso Mindszenty» arranca de su corazón de padre quejidos de dolor y valientes protestas secundadas hasta por naciones protestantes.

Llama a las ovejas perdidas del cisma y consuela a las ovejas sin pastores entre lobos rapaces, con la «ORIENTALES ECCLESIAS». Para las ovejas dispersas, muestra las solitudes maternas de la Iglesia en la Constitución «EXSUL FAMILIA», Carta Magna de cuantos, arrancados de su tierra natal por los azares de la vida, han de vivir entre gentes de distinta nacionalidad.

Estas prisiones y estos destierros motivados por el Comunismo no entibian el amor del Papa hacia Rusia. El Papa ama a Rusia. En la Carta al pueblo ruso «SACRO VERGENTE ANNO» deshace el equívoco: la guerra contra el Comunismo no es guerra contra Rusia.



Pío XII se va a enfrentar con el problema más difícil: con el MOVIMIENTO BIBLICO-TEOLOGICO.

En el siglo XIX habían brotado tantos errores y tanto se habían incrustado en el pensamiento católico que ni con el «Syllabus» ni con la «Pascendi» habían quedado reprimidos.

Ante el movimiento bíblico, ya la «DIVINO AFLANTE SPIRITU» para «confirmar e inculcar lo que su predecesor León XIII estableció sabiamente y sus sucesores contribuyeron a consolidar; lo que parecen requerir los tiempos presentes para incitar más y más a cosa tan necesaria y laudable a todos los hijos de la Iglesia que se dedican a estos estudios».

Pero, al terminar la primera mitad del siglo XX, estaban justamente alarmados los pensadores católicos más equilibrados ante los brotes de una doctrina que desvirtuaba la verdad revelada.

Ante el peligro, en agosto de 1950 aparece la Encíclica «HUMANI GENERIS». Es la sólida posición del teólogo ante el Evolucionismo materialista y ante el Existencialismo sombrío y relativista, para beber las aguas puras de la revelación evitando vanas novedades e imprudentes irenismos.

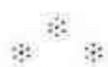
La Encíclica no es solamente restrictiva. Deja horizontes abiertos a la investigación y concede sanas libertades constructivas.

Si alguna duda quedara a los resentidos o a los mal informados, bastaría recordar los discursos del Papa a la Pontificia Academia de Ciencias y a

los investigadores de todas las especialidades que van desfilando ante Pío XII.

Ciencia, mucha ciencia, pero sin «extenuar» la Teología. La frase es dura, pero está estampada en la Encíclica.

Los modernos «irenistas» no quieren principios inmutables. Quieren una paz con todos los sistemas a costa de unas líneas imprecisas y «relativistas». No suprimen la Teología, la extenuan. Quieren armonizar el Cristianismo con la vida «disminuyendo lo más posible el significado de las fórmulas dogmáticas y se los libera de la forma de hablar tradicional en la Iglesia»... Desvirtúan todo el orden sobrenatural y han llegado a penetrar en los medios católicos «por un celo imprudente de borrar diferencias entre el Catolicismo y los separados de la verdadera fe». La Teología Católica no puede perderse en la imprecisión y en la nebulosa.



Alude el Papa con claridad al MOVIMIENTO ECUMENICO. La posición de la Iglesia es clara. Ve con buenos ojos este movimiento de acercamiento al centro de la unidad cristiana de la que se separaron. Permite que vayan observadores católicos y pide oraciones para que los desviados vuelvan al camino de salvación.

La Iglesia es como la fundó Jesucristo. Es como está definida en la encíclica «MYSTICI CORPORIS».

En ella reafirma una doctrina un tanto preferida por los católicos por el abuso que habían hecho los protestantes.

El contenido y la oportunidad quedan manifestados por el mismo Papa: «Habla de las riquezas encerradas en el seno de la Iglesia que Cristo ganó con su propia sangre y cuyos miembros se glorian de tener una cabeza ceñida de corona de espinas».

Le mueven dos motivos: la sublimidad de la doctrina y «las circunstancias presentes de esta borrascosa edad». Nos da un más consciente conocimiento de nuestra unión con Cristo y de nuestros deberes para con los miembros.

Lección provechosa para quienes pertenecemos a la Iglesia y para quienes deben pertenecer.

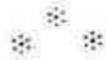


Con la misma precisión y con la misma oportunidad dirigirá uno de los movimientos más acusados en los últimos tiempos: EL MOVIMIENTO LITURGICO.

Pío XII recoge en la «MEDIATOR DEI» la palabra «renovación» y quiere procurar que estas iniciativas no sean ni excesivas ni defectuosas. Pues ve con dolor que en algunos el conocimiento litúrgico es casi nulo y ve que otros, demasiado ávidos de novedades, se alejan del camino de la sana doctrina.

Se opone a corruptelas que desdican de los fines litúrgicos y deja abierta la puerta para reformas convenientes.

En la Constitución «CRISTUS DOMINUS» mitiga el ayuno eucarístico y en el Decreto de la S. C. de Ritos, simplificando la liturgia de la Misa y del Breviario, se ve que Pío XII considera conveniente rectificar algunos puntos de la liturgia por ser anacrónicos y por haber perdido la eficiencia que tuvieron.



Aunque incompleta esta enumeración de los documentos de Pío XII, no podemos menos de aludir a las audiencias concedidas a los recién casados que forman un tratado completo de los deberes familiares para que llegue a ser la familia un «reflejo de lo divino».

El Discurso a las Comadronas del 29 de Octubre de 1951 define puntos que en la «Casti connubii» de Pío XI no podían ser más concretos y, en la reciente alocución a setecientos tocólogos de once naciones, sale al paso de la acusación comunista que veía contradicciones entre el método psico-profi-láctico, para el parto sin dolor, con el Génesis y con la moral católica.



Con todo, hay valores superiores a la espiritualidad de la familia cristiana. Se lamentaba en la «SACRA VIRGINITAS» de «quienes de tal manera exaltan el matrimonio que llegan a anteponerle prácticamente a la virginidad y, por consiguiente, a menospreciar la castidad consagrada a Dios y al celibato eclesiástico.

Ya en la Exhortación al Clero «MENTI NOSTRAE» había tratado de la sublimidad del Sacerdocio. Y las minuciosas normas sobre la formación de los Seminaristas hablan muy alto del empeño del Papa en la obra importantísima de dar a la Iglesia santos Sacerdotes.

Destaquemos este punto concreto de la «Menti nostrae».

Casi la cuarta parte se dedica a dar normas sobre la formación de los Sacerdotes. Mucho se había progresado en la formación de los candidatos al sacerdocio, pero aún no habíamos alcanzado la meta.

Ha querido señalarnos cuánto importa que los Seminarios avancen para responder a las necesidades de los tiempos difíciles en que vivimos.

Han de ser formados para vivir en el mundo sin el espíritu del mundo. Sin sólidas virtudes, se formarían los que el Papa llama «transfugas y desertores». Sin el conocimiento de la verdad viva y palpitante de la actualidad, resultarían instrumentos ineficaces. Habrán de armonizarse los extremos del problema.



A Sacerdotes y a fieles ha propuesto un modelo de perfección, MARIA. Bien ha aprovechado Pío XII la fecha del Centenario de la Definición del Dogma de la Inmaculada.

La «FULGENS CORONA» que llamaba al Año Santo Mariano y la posterior «AD COELI REGINAM» han puesto sobre María la corona de su REALEZA.

En verdad ya estaba declarada su Realeza y estaba bien coronada desde el día 1.º de Noviembre del año 1950 cuando, en la Bula Dogmática «MUNIFICENTISSIMUS DEUS» Pío XII, en la ocasión más solemne que vieron los siglos, definía la ASUNCION DE MARIA A LOS CIELOS.



Como católicos, gozamos leyendo la obra documental de Pío XII para orientar a esta Humanidad desviada y para santificar a las ovejas fieles. Como españoles, hemos de agradecer la predilección del Papa, felizmente reinante, hacia nuestra Patria, reiteradas veces manifestada, especialmente con el CONCORDATO, que, para honra de ambas partes, no ha sido Concordato de pacificación, sino que se celebró en ambiente de cordialidad y de mútua cooperación.



Ni cabe más variedad ni cabe más unidad en los documentos de Pío XII. Es que tienen la riqueza y la armonía de la verdad revelada.

Va a cumplir ochenta años. Todos dicen que tiene un espíritu joven. Si Dios quiere concederle todavía varios años, podemos esperar orientaciones muy certeras y renovaciones muy santificadoras.

**Dr. Juan Martínez,**

Canónigo de la S. I. C. y Rector del Seminario

# *Pío XII y el Clero*

---

## **Pastor Universal**

Con toda propiedad, puede exclamar Pío XII, con San Pablo, que se ha hecho todo a todos, para ganarlos a todos para Cristo. Es tan maravillosa su capacidad de adaptación, se compenetra de tal modo con los problemas de aquellos a quienes se dirige que parece no haber vivido ni estudiado, otros; como si poseyera el difícilísimo arte de la especialización universal. ¿Habla a la academia de ciencias? (1). Analiza con el lenguaje de los sabios el macro-cosmos y el micro-cosmos, diserta sobre la energía nuclear, y calcula los millones de años de la primitiva materia, dejando absortos a los primates del saber humano.

¿Son obreros tranviarios? ¿cigarreras? ¿mecánicos? ¿artistas de circo? Háblales con un lenguaje tan suyo, describe tan al vivo sus problemas que no parece sino haber estado varios años en la plataforma de un tranvía, en la tabacalera, o sentado ante un torno. Y lo mismo dígase, de los militares, diplomáticos, oficinistas, estudiantes o niños de escuela...

## **Singular intuición**

Al tiempo que abarca los problemas de sus oyentes, parece que lee, como algunos santos, en el interior de las almas. Me contaba, hace poco más de dos años, un obrero mecánico de Alicante, por desgracia de los que no practican la religión, la emoción experimentada en su visita al Papa:— «Yo era, me decía, soldado de marina, y al besarle el anillo, en unión de los jefes y soldados a los que concedió audiencia, fijóse en mí, y deteniéndome unos instantes, me preguntó a solas: —¿Tú crees en Dios? —Sí, señor, (no supe decirle más...) —Pues vive tu fe, practica, hijo mío... oye Misa...» —(es lo que yo necesitaba)—. Y millones de fieles, que han desfilado en sus audiencias, han sentido otro tanto... Es el padre de la humanidad. Por eso la gran prensa se ha conmovido en sus graves dolencias y las oraciones del mundo han logrado el milagro de su curación.

## **Solicitud con el clero**

Pero si con todos siente, y para todos vive, no ha cesado de dirigir, siguiendo las directrices de Pío XI (2), «sus mayores solicitudes y afectos a aquellos que condecorados con el carácter sacerdotal tienen la misión de ser la sal de la tierra y la luz del mundo».

---

1) Discurso del 22-11-1951.

2) Ad catholici sacerdotii.

En sus audiencias a los colegios religiosos y demás centros eclesiásticos de Roma, ha volcado cien veces sus ternuras de padre, y su semblante y tono de voz, adquieren modalidades especiales. Y cuando cada año con motivo de la Cuaresma, recibe a los párrocos de Roma, entonces, más que nunca, se siente, no sólo padre entre sus hijos sino hermano mayor entre sus sacerdotes, y en ellos, pastores de la Urbe, nos habla a todos los que en el Orbe ejercemos cura de almas o desempeñamos algún ministerio en la viña del Señor. Y su intuición es tan maravillosa, que cuando en sus encíclicas o exhortaciones, habla del sacerdote no solamente establece los primeros principios y marca las directrices de nuestra actuación sino que desciende al terreno de la práctica, no de otra suerte que si viviera nuestros palpitantes problemas de apostolado, ya en la ciudad, ora en los suburbios o en el campo.

### **Nuestra santidad, fundamento de todo Apostolado**

En su carta Encíclica «Menti nostrae», eminentemente sacerdotal, analiza los primeros principios de nuestra santidad. Si todo fiel, debe tender a una vida perfecta cuyos fundamentos son el amor a Dios y al prójimo, en el sacerdote, este deber se incrementa (1) «por que es más excelsa la santidad que su dignidad exige». Santidad que debe comenzar por la humildad, (2) «por que cuanto el sacerdote es y tiene se deriva de la bondad y poder de Dios, y si en algo debe gloriarse, es en sus debilidades». Espíritu de humildad que conduce a la voluntad «a la obligada obediencia, fundamento de la propia santificación personal». Y como la santidad requiere una continua comunicación con Dios, (3) «rece digna, atenta y devotamente el oficio divino, orando con la misma intención del Redentor y con las palabras de las Sagradas Escrituras» practique además «la meditación diaria, sin la cual, la piedad disminuye y languidece, y el ministerio sacerdotal se esteriliza»; (4) «una ardiente devoción hacia la Virgen rezando diariamente el Santo Rosario...» «sin descuidar la visita al Sacramento del Amor» y el diario examen de conciencia.

### **Dirección espiritual**

Y como al avanzar en la vida espiritual, no hemos de fiarnos de nosotros mismos, (5) «con sencillez y docilidad buscad y aceptad la ayuda de quien con sabia moderación puede guiar vuestra alma, indicaros los peligros, sugeriros los remedios idóneos y en todas las dificultades internas y externas os puede dirigir rectamente y llevaros a perfección cada vez mayor, según los ejemplos de los santos y las enseñanzas de la ascética cristiana. Sin estos prudentes directores de conciencia, de modo ordinario, es muy difícil secundar convenientemente los impulsos del Espíritu Santo y de la gracia divina».

---

1) 2) 3) 4) 5) *Menti nostrae*.

## Directores de sacerdotes

(1) «Elogiamos a aquellos sacerdotes que con gran humildad, pero con caridad encendida, dedican todo su empeño a procurar y aumentar la santificación de los demás sacerdotes, ya como consejeros suyos, ya como directores espirituales o como confesores. El bien incalculable que ellos hacen a la Iglesia queda la mayor parte de las veces oculto durante toda su vida; pero un día se manifestará con toda claridad en la gloria del Rey celestial».

## Directrices ministeriales

El dispensador de los misterios de Dios, debe consagrar sus fuerzas a la salvación de sus hermanos «siendo apóstol de la gracia y del perdón, y alimentando a las almas, con el pan de la vida eterna». En primer lugar, como las necesidades de los pobres han crecido enormemente (2) «promueva obras de caridad, hoy más urgentes que nunca». Y a fin de que los fieles comprendan la doctrina de la Comunión de los Santos, «promueva todas aquellas obras de Apostolado que la fomentan: apostolado litúrgico, apostolado de la oración, acción católica, acción misional, acción social, etc.» Pero ante todo y sobre todo, especialmente para aquellos que se han engolfado en el torbellino de las actividades, (3) «eviten la herejía de la acción pues sería presunción y temeridad pensar que el mundo sólo se puede salvar por su actividad desbordante».

## Normas prácticas de actuación

Aquí es donde se agiganta la figura del Supremo Pastor que vive todos nuestros problemas sacerdotales e instruye soluciones prácticas y de presente.

### a) *el clero joven*

Todos hemos vivido el contraste entre el ambiente de Cenáculo del Seminario y la frivolidad del mundo, con el cual entramos en contacto a través de la Parroquia, saliendo no pocas veces malparada la piedad sacerdotal que experimenta un descenso. Hoy, el problema se ha agravado, pues las modernas formas de Apostolado exigen un contacto más directo e inmediato entre el sacerdote y los seglares. A ello, opone un remedio efficacísimo Pío XII, con la creación del Post-Seminario para sacerdotes jóvenes, las convivencias sacerdotales y la vida en común de los coadjutores con algunos párrocos (4) «para que con el ejemplo y guía de personas experimentadas puedan adiestrarse en los sagrados ministerios y perfeccionarse en el espíritu de piedad».

### b) *«novedades» ¿apostólicas?*

¿No oímos a diario que precisa un mayor contacto entre el sacerdote y el pueblo? ¿Que el sacerdote debe saberlo «todo» para opinar y juzgar?

---

1) 2) 3) 4) *Menti nostrae.*

¿que es necesario que se nos vea en el futbol, cine, bares, y que «así», se irán «cristianizando» los ambientes? Todo ello, dentro de ciertos límites, tiene un fondo de verdad, pero se presta a extravagancias, que primero son disipaciones, después, abusos y al fin, escándalos. A todas las preguntas contesta Pío XII, quien con toda valentía, condena, refiriéndose a los sacerdotes y especialmente «a los jóvenes clérigos», (2) «la lectura de revistas, novelas u obras puestas en el Índice, frecuentar espectáculos cinematográficos, etc.,» sentando los inmutables principios de la huída de las ocasiones. Tan claro habla en la «Sacra Virginitas» que algún seglar que tuvo ocasión de leerla, me decía con toda ironía: «esto va para Vds. ¿eh? al menos, para...

c) *¿Inflexibilidad ministerial?*

No raros y lamentables son los casos. Incomprensiones, incompatibilidades y algún que otro rozamiento entre párrocos y feligreses. A veces por el prurito de renovarlo todo y dejar solamente lo que lleva el cuño personal del nuevo cura; otras, respecto de autoridades o dirigentes parroquiales en torno a tradiciones locales. Sabiamente, interviene en la contienda Pío XII; salva la intransigencia en lo moral o dogmático, «benévola comprensión, suavidad y adaptación en las cosas no esenciales». «Cristo no encontró heroísmo en todos, y cuando vió siquiera un rasgo de buena voluntad, les tendía la mano y les daba alientos» (3).

d) *Parroquias difíciles*

He aquí nuestros dictámenes, que por desgracia responden a la realidad: «tal porción es peor que un territorio de misión»; «son refractarios al apostolado», «se ha adelantado el enemigo», «conservan la mentalidad marxista», «el protestantismo ha hecho estragos», «no quieren salir de su ignorancia, etc.» Sabeis que ni es invento ni exageración; son realidades existentes en ciertas parroquias de nuestra diócesis.

«Aún a esas porciones, nos contesta Pío XII, (1) «debe llegar la acción de la Iglesia; en primer lugar, orando e inmolándose por aquellas almas, buscando colaboradores capaces entre los seglares, y a través de ellos, por medio de la A. C., que deseamos no falte en ninguna parroquia, que actúen como seglares misioneros. Trabajar sin descanso, porque no podemos tomarnos por la tarde el descanso, si con humildad y sinceridad de corazón, no podemos decir: ¡Señor, he hecho por salvar las almas, cuanto de mí dependía!».

e) *Apostolado de los «alejados»*

Somos pastores de todas las almas que viven en el territorio parroquial y en manera alguna podemos concretarnos a los elegidos y cruzarnos de

1) *Sacra Virginitas* 1955.

2) *Discurso a Párrocos*, 22-2-44

3) «*Febrero* 1954.



## *Pío XII y los Seminarios*

---

Los sacerdotes, y únicamente ellos, con la gracia de su ministerio, pueden hacer efectivos los deseos del Vicario de Jesucristo: «Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos». Porque de nadie sino de Jesús, «et non est in alio aliquo salus», Act. 4, 12, hemos de esperar el mejoramiento de los hombres. Mas Jesús está personalizado hoy en el sacerdote; es Jesús que pasa a través de los tiempos, de los pueblos y de la sociedad, continuando su misión vivificante.

¡Tremenda responsabilidad la del sacerdote! en cuyas manos ha puesto el Papa la suerte de la Iglesia, «in má nibus tuis sortes meae». Ps. 30, 16.

Pero éstos que han de «restaurar completamente el espíritu evangélico» en el mundo, no pueden «nacer de la carne ni de la sangre», «sed ex Deo», como Jesús, «Deum verum de Deo vero». Su gestación sobrenatural ha de efectuarse en un seno divino, si queremos que esa semilla humana, y hasta pagana, de los aspirantes al sacerdocio, se divinice, y sea capaz, por tanto, de engendrar hijos de Dios.

Si el hijo hereda los caracteres del padre, y el mineral saca los de la mina de donde se extrae, no podemos menos de clavar nuestros ojos en el Seminario, con alegría o con pena, mirando al porvenir de la Iglesia.

Si bien hemos de contar con las flaquezas humanas, que indudablemente el Señor ha querido utilizar para su obra divina, eso no quita para que, echando una mirada al pasado, demos incesantes gracias a Dios porque nos ha dado un Papa, cuya preocupación por la renovación de los Seminarios es profunda y constante.

Sería prolijo enumerar y comentar los muchos e importantes documentos en los que el Santo Padre ha demostrado su vivo interés por la reforma de los Seminarios, y ha marcado, con certera visión, las características de dicha reforma. Los españoles contamos con un documento precioso, rubricando con su autoridad el Nuevo Reglamento de Disciplina y el nuevo Plan de estudios para los Seminarios de nuestra Patria en 1941.

No podemos cerrar los ojos a una realidad: las ansias de reforma del mundo de hoy en todos los órdenes de la vida. La Iglesia no se hace sorda a éstos clamores y deseos, transfundidos ya en parte de nuestro clero, sobre todo del joven, sino que con clarividencia de los problemas, y con toda la seguridad que le confiere la asistencia del Espíritu Santo, los aborda y los soluciona admirablemente en la «Menti nostrae».

Toda la tercera parte de dicha Exhortación la dedica el Santo Padre a dar orientaciones sobre la labor que compete al Seminario en la formación del sacerdote desde su cuna a su sepultura.

## Vocaciones Sacerdotales

El Papa se queja de «que el número de sacerdotes ya en los países católicos, ya sobre todo en las Misiones, resulta insuficiente para las necesidades siempre en aumento». Para remediar este mal exhorta a todos los sacerdotes de ambos cleros a que «aunen sus esfuerzos, y que tiendan hacia la meta común, que es el bien de la Iglesia, la santificación propia y de los fieles».

Ante todo interesan nuevos obreros. Al efecto llama la atención «a los Ordinarios y a cuantos tienen cura de almas acerca de éste importantísimo problema, que está íntimamente ligado con el porvenir de la Iglesia».

No faltan sacerdotes que, desoyendo los clamores de Jesucristo: «La mies es mucha, pero los obreros son pocos», Luc. 10, 2, desdeñan o relegan a segundo término la labor del reclutamiento de vocaciones. Este modo de proceder nace en gran parte de un espíritu raquíptico y encogido, de una miopía egoísta incalificable, sobre todo después de las insistentes llamadas del Papa sobre el problema de América, tan íntimamente ligado a nuestra Patria.

Mirando a América y al mundo entero, es decir pensando en católico, no solamente no podemos desaprovechar ningún brote de vocación, sino que por ser «la causa misma de Dios y de la Iglesia», en frase del antes Cardenal Pacelli, hemos de despertar, cultivar y seleccionar en la parroquia los candidatos al sacerdocio, teniendo en cuenta «que todo niño normal, con cualidades intelectuales y morales, de buena familia, bien educado sobre todo en lo que toca a la religión cristiana, puede llegar a ser un buen sacerdote». (Grimaud).

Para ello recomienda el Papa que «hablen, tanto los párrocos como confesores, superiores de Seminario y todos los sacerdotes, de su excelsa dignidad, su belleza, su necesidad y su elevado mérito, en catequesis, sermones y en conversaciones privadas, agradeciendo de esta manera al Señor el don del sacerdocio».

Abre también la puerta del sacerdocio a todos los niños cristianos. Dice «que los padres y madres cristianas, de cualquier clase y condición, deben suplicar a Dios que les haga dignos de que, al menos, uno de sus hijos sea llamado a su servicio». No suele explotar el sacerdote esta mina de vocaciones: el corazón de la madre cristiana. La familia cristiana debe ser un pre-seminario. A pesar nuestro, lo es. Si la madre estuviese formada para ser el primer Rector y Padre espiritual del niño aspirante, tendrían los Seminarios casi toda la labor realizada. Y la triste experiencia enseña que el seminarista difícilmente se despoja de los malos hábitos, criterios aviesos, temperamento familiar, y otras taras que ha ido asimilando juntamente con la leche de la madre. Por el contrario el buen carácter, inclinación a la piedad, y sobre todo una honradez a carta cabal heredada de sus padres, da a los Superiores del Seminario las máximas garantías de su aprovechamiento.

Tenga en cuenta el párroco que el niño no alcanza a ver el ideal sacerdotal abstracto, sino personalizado en D. Fulano. Más de una vez hemos oído decir a un pequeño: «Yo quiero ser un D. Pedro», si así se llamaba su

cura. Por eso, «cada sacerdote debe esforzarse por ser y aparecer como un modelo de vida sacerdotal, que pueda constituir un ideal digno de imitación». Si el sacerdote viese, a través de ese niño, a un pueblo, quizá varios, una diócesis, sólo Dios lo sabe, no tendría por tiempo perdido el dedicado a los monaguillos, a los niños de la catequesis y escuelas, machacando las declinaciones y soportándoles sus travesuras. Es más «han de considerar, como lo más grato y deseable para sus almas, hallar y prepararse un sucesor entre los adolescentes que viven adornados de las dotes necesarias».

Un campo abonado de reclutamiento lo ve el Papa en los «estudiantes de otras disciplinas, y en las varias actividades del apostolado católico». Con cierta preferencia pone de relieve las vocaciones de quienes llaman a la puerta del Seminario ajetreados por los vaivenes de una vida sólidamente cristiana, y experimentados en el apostolado que, una vez sacerdotes, han de ejercitar.

Para Dios hemos de escoger lo mejor. Aquel concepto, por desgracia existente entre los padres cristianos, de dedicar al sacerdocio al menos capaz, o al «buenecico» de la casa, quizá amanerado, al menos hombre, se ha de descartar. Ante todo el sacerdote ha de ser hombre, física, psicológica y moralmente. Y sobre esta base hay que edificar. Tenemos que ser «regalados». Y vayan ya apeando aquellos criterios de señales de vocación: hacer altares, jugar con niñas, o simplemente «querer ser cura porque los niños se rien de él». Por tanto, «es preciso indagar si están adornados de las necesarias dotes morales y físicas, y si aspiran al sacerdocio» únicamente por su altísima dignidad y por la utilidad espiritual propia y de los demás». Aténganse a estas normas del Papa los seleccionadores.

## **Formación de los futuros Sacerdotes**

La «Menti nostrae», según el P. Lombardi, viene a traer una «revolución en la formación seminarística». En efecto: basta leer este precioso documento para darse cuenta de que hoy a los Seminarios se les abren nuevos horizontes.

Es imposible tratarlos todos dentro del marco reducido de este artículo. Tocaré los puntos que, a mi ver, son más «revolucionarios».

## **Formación del carácter**

Salta a la vista que nuestros seminaristas son bastante aññados, en sus conversaciones, infantiles; proceden las más de las veces de un modo gregario. Quizá el excesivo aislamiento, la vida fácil y rutinaria de comunidad, la falta de proyección de su vida hacia el apostolado, etc., ha motivado en parte este infantilismo.

El Papa dice terminantemente «que se ha de atender de un modo particular a la formación del carácter». Y hasta señala los elementos constitutivos del mismo: sentido de responsabilidad, discernimiento en el juzgar, y espíritu de iniciativa. ¿Cómo desarrollarlos? «Quienes dirigen los Seminarios deberán ser moderados en cuanto al uso de los medios coercitivos». Los castigos duros y públicos que se aplicaban antaño no creaban en los alumnos sino escoceduras para cocear, una vez sacerdotes, a sus Superiores. La

experiencia lo atestigua. Procedan «aligerando poco a poco, según crezcan los jóvenes en edad... el sistema de vigilancia muy estrecha y de cohibición en cualquier sentido, enseñándoles a dirigirse por sí mismos y a sentir la responsabilidad de las propias acciones».

Sería contraproducente conceder a un latino, sin reflexión y sin arraigo de piedad, las mismas libertades que a un teólogo. Pero también debiera saber éste que el mecanismo externo de sus actos no interesa; lo que se precisa es un hombre de ideales sublimes y con una voluntad férrea para realizarlos.

Por eso el Papa dice a los Superiores de Seminario: «Concedánles una cierta libertad de acción... acostumbren a los alumnos a la reflexión...» La reflexión no es posible sin libertad. La campana o el convencimiento les han de empujar al acto ordenado. Hay que prestarles ocasiones de poder no hacerlo, para que se habitúen a preocuparse más de la voz de su conciencia que del taconeo del Superior.

Anteriormente aludíamos al infantilismo de nuestros seminaristas, debido en parte al aislamiento en que de ordinario han vivido. Estos cuarteles casi no han salido de maniobras. Es preciso ir presentándoles gradualmente el campo de operaciones. ¿Cómo? «No teman tenerles al corriente de los sucesos del día, antes bien, además de facilitarles los elementos que sean del caso, para que puedan formarse y expresar sobre ellos un juicio exacto, no rehuyan las discusiones en torno a ellos, con lo que les ayudarán a que se habitúen a juzgar y valorar las cosas con equilibrio».

No creo que nadie tome pie para pensar que el Papa abre las puertas de los Seminarios a las comidillas políticas, a las crónicas de tubol, de sociedad, etc. El seminarista debe conocer el mundo que un día tratará de llevar a Cristo. Si conoce a la Iglesia únicamente a través del tratado de teología, no es lo suficiente. La ha de estudiar en sus actuaciones en el tiempo y en el espacio. Y hemos de confesar que los moldes antiguos no sirven para hoy. La Iglesia lo sabe. A Ella lo único que le interesan son las almas y precisamente las actuales con todas sus características, las cuales rehuirán entrar en las redes anticuadas y extemporáneas. Por tanto la Santa Iglesia necesita pescadores al día, que utilicen con el máximo espíritu las formas más modernas de apostolado.

También alude el Papa a la honradez y a la lealtad, base de toda santidad. Quiere a los seminaristas «sencillos y sinceros, para poder así ser mejor conocidos y guiados». Los seminaristas herméticos y misántropos están inutilizados para el apostolado.

En cuanto a la formación intelectual y literaria, dice «que por lo menos ha de ser no inferior a la de los seculares que sigan análogos cursos de estudio». De aquí se siguen dos bienes: seriedad intelectual y más fácil selección de individuos; pues, contando los alumnos con un porvenir seguro, si perseveran, estará más probada su vocación. Y si, «a pesar de esto sucediere que alguno, (cayendo en la tentación) se alejara del Seminario, esto no debe preocupar a nadie». Puede ser un ferviente católico.

Indica el Papa expresamente que «se dé la máxima importancia a la doctrina filosófica y teológica, según las normas del Doctor Angélico», «adecuada a los tiempos e informada sobre los errores modernos». Más «la enseñanza no debe ser árida y seca, sino jugosa y unguida de espíritu sacerdotal, teniendo siempre a la vista el fin a que se ordenan los estudios del Seminario». (Reglamento de la Comisión Episcopal).

## **Formación espiritual**

El temor de pasar los límites del artículo me obliga a indicar el pensamiento del Papa de un modo esquemático. Sus principales ideas son éstas: «que los sólidos cimientos de la santidad se echen en los Seminarios, porque si en el Seminario no se orientó el seminarista a lo divino, desempeñará de un modo pagano su ministerio por toda la vida.

Insiste el Santo Padre en que los seminaristas no sean maniqués piadosos o «santos de Olot», hechos con moldes de reglamento, sino que a los golpes de los ejercicios externos de piedad corresponda «un impulso interior del alma», «haciéndolo todo a la luz de la fe», «impulsados por una fuerza espontánea derivada de una íntima persuasión». Seminarista que no haya logrado y no mantenga «con Cristo relaciones amorosas, íntimas y personales» (Pío XII) no debe ordenarse. Es moneda falsa.

Señala y recomienda principalmente la sumisión y el espíritu de obediencia, la castidad y la devoción a la Eucaristía y a la Virgen Santísima.

Y termina el Santo Padre haciendo una viva recomendación sobre el cuidado del clero joven. Para ello instituye un Convictorio en Roma, y suplica a los Sres. Obispos que hagan lo mismo en sus Diócesis. Además «aprueba y recomienda vivamente lo que es ya deseo de la Iglesia (can. 134) que se introduzca y se extienda la práctica de la vida común entre los sacerdotes de una misma parroquia o de parroquias limítrofes». Tampoco es ajena al Seminario la labor de conservación y perfeccionamiento del clero joven, antes bien constituye un ejercicio obligatorio de su paternidad.

Tanto los Convictorios como los centros de vida común, deben ser prolongaciones de la casa solariega, el Seminario, donde se continúe respirando y viviendo el mismo ambiente espiritual. El padre nunca se desentiende del hijo emancipado. Le debe seguir orientando, aconsejando y animando hasta su muerte. Aquí ha de terminar la labor del Seminario con el pequeñín que tomó de los brazos de su madre.

Demos gracias a Dios porque en el Vaticano se levanta una llama gigante, Pío XII, que expande luz y fuego divinos al mundo entero. Fijos los ojos en él, y siempre junto a él.

**Diego Hernández,**

Director espiritual del Seminario Mayor

## *Pío XII y la Acción Católica*

---

Con el mismo título que encabeza este artículo, se publicó hace algunos años, el 1943, un interesante libro, de cerca de 300 páginas, en el que se recoge todo cuanto el Papa, felizmente reinante, había dicho sobre la Acción Católica, en los, entonces, cortos años de Pontificado. Para muchos, católicos y aún sacerdotes, constituyó una verdadera sorpresa; porque, después de aquella insistente edición de documentos que Pío XI, el «Papa de la Acción Católica», dedicó al apostolado seglar organizado a las órdenes de la Jerarquía eclesiástica, parecía que, con Pío XII, se insinuaba una nueva era en que la Acción Católica iba a pasar a un segundo plano, tal vez, por falta de actualidad, o de cualquier otro motivo que no es del caso analizar. Sin embargo, como veremos después de estas cortas páginas, Pío XII, en atención a los fines trascendentales que le está encomendando a este apostolado oficial de los católicos seglares, bien pudiera pasar a la posteridad como el «*Papa del «segundo tiempo» de la Acción Católica*».

Ya desde los primeros momentos de su Pontificado, dedica aquellos encendidos elogios a la «querida y preciosa herencia que Nos dejó nuestro incomparable y sabio Predecesor» entre la que se encuentra «aquella *forma nobilísima* de colaboración que constituye la Acción Católica, y que se venía desarrollando bajo los pontificados de Pío IX, León XIII y Benedicto XV», hasta recibir «de la gran mente y del gran corazón de Pío XI su más vigoroso impulso y ordenamiento orgánico». (Audiencia del 4 de septiembre de 1940, a los dirigentes de la A. C. I.). Para formarse una ligera idea de la ingente labor de Pío XI en pro de la Acción Católica, bastará recordar que Mons. Cavagna, en sus dos colecciones de documentos pontificios sobre la A. C., que abarca desde el principio de su Pontificado (año 1922) hasta el año 1936, nos reproduce nada menos que *quinientos setenta y seis documentos*; sin tener en cuenta, además, que, desde esta fecha hasta su muerte, acaecida el 10 de febrero de 1939, siguió incansablemente este Pontífice multiplicando sus intervenciones oficiales en favor de la Acción Católica.

Por tal motivo, y con sobrada razón, pudo decir de él Pío XII, en su alocución a los peregrinos de la Archidiócesis de Milán (11 de febrero de 1940) «En los fastos de la historia de la Iglesia, el nombre de Pío XI está marcado como centro de nuevos tiempos, clausura y sello de un pasado no menos glorioso que tempestuoso, principio y augurio de un porvenir que toma del pasado la fuerza y el ímpetu hacia más vastas y más profundas victorias de la fe. Pastor y Padre de los pueblos, animó la fe de las familias, y de los muros domésticos sacó a los seglares al Centro de la acción social y

a la Acción Católica para colaborar con la Jerarquía instituida por Dios, en la instauración del reino de Cristo en la convivencia civil, elevando el celo de los fieles a aquel «*real sacerdocio*» que, sin igualar las ovejas a los pastores, hace de todos un único sabio, prudente y activo ejército para la difusión y tutela de la vida cristiana».

Nada, pues, tiene de extraño que Pío XII haya hablado, y hable aún todavía, con este encomio, de su «incomparable y sabio Predecesor», habiendo sido, durante varios años, el brazo derecho y portavoz de Pío XI, como Secretario de Estado, dejándonos, entre otros numerosos documentos, firmados por el Cardenal Pacelli, aquellas dos cartas de excepcional importancia y actualidad: una, la del 30 de marzo de 1930, al Comendador Ciriaci, Presidente de la A. C. I., sobre las «Relaciones entre la A. C. y las demás Asociaciones», y otra, la del 15 de marzo de 1936, a los Superiores de las Ordenes y Congregaciones Religiosas, sobre las «Aportaciones de los Religiosos a la Obra de la A. C.».

¿Cómo no iba Pío XII a recibir con cariño, cuidar con esmero y transmitir con infatigable celo apostólico una Obra que, para su admirado y glorioso predecesor era tan «querida como la pupila de sus ojos?». Por eso, no es de extrañar que el actual Pontífice haya considerado siempre a Pío XI como el «invisible inspirador de la Acción Católica», y no contento con las repetidas alusiones a sus inmortales palabras, haya dispuesto, además, que tres de sus fundamentales documentos fuesen reeditados en las «Actas de la Sede Apostólica», para darles, con ésta como nueva promulgación y aceptación, una mayor actualidad y vigencia.

Delineada ya minuciosamente la organización de esta nueva forma de apostolado, que se llama Acción Católica, en los centenares de documentos emanados de la Santa Sede en el anterior Pontificado, Pío XII ya no se detiene en dar lecciones abstractas o sistemáticas sobre una nueva asignatura. Da sus consignas y, cuando hace falta, como de paso y recordando la doctrina de su antecesor, hace las aclaraciones oportunas para una mayor inteligencia y eficacia en el desenvolvimiento de ésta y de las demás asociaciones apostólicas.

Al repasar los documentos que recoge el libro antes aludido, y los no menos numerosos e importantes que, desde el año 1943 hasta la fecha, nos ha ido dejando nuestro Santo Papa, en sus mensajes, cartas, discursos, audiencias, etc. etc., sacamos la conclusión de que Pío XII ha contado siempre y cuenta con la Acción Católica como un «activo ejército para la difusión y tutela de la vida cristiana». Y, si no aventaja a su Predecesor en número y calidad de esos documentos, llega a situarse a su misma altura en lo que toca a esa segunda face, la *de la acción*, de este importante apostolado. Recordemos, aunque sólo sea muy sumariamente, algunas de las intervenciones del actual Pontífice, en las que perfila conceptos relacionados con la

naturaleza, carácter, forma jurídica, necesidad, obligatoriedad, finalidad y trascendencia de la Acción Católica en los momentos por los que atraviesa el mundo de nuestros días.

En cuanto a su *naturaleza*, la definición de la Acción Católica, que Pío XII nos ofrece en sus documentos, viene a ser, en sustancia, la misma de Pío XI. Quizá no emplea siempre las mismas palabras para definirla, pero permanece constantemente un fondo común, una misma idea, aquello que precisamente constituye lo específico de la nueva Obra. De todos estos documentos se deduce que la Acción Católica es la forma nobilísima y novísima que reglamenta y organiza la colaboración del elemento laical en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

Respecto a su *carácter*, nos habla de la «episcopalidad» como de uno de los puntos jurídicos más importantes de la organización de Acción Católica, ya puntualizado durante el pontificado de Pío XI, en documentos que llevan, precisamente, la firma del Cardenal Pacelli, como Secretario de Estado, hoy Pío XII. Es interesante observar cómo, al suceder a aquél en el trono pontificio, ha inculcado y acentuado enérgicamente esta nota específica de la Acción Católica. Por ejemplo, en la ya aludida alocución (del 4 de septiembre de 1940), en la que inculca insistentemente la necesidad de que la Acción Católica esté «congregada y estrechada en torno a los Obispos y a la Sede Apostólica», y recuerda la necesidad de intensificar la organización de todas las ramas de la Acción Católica, constituyendo «una falange auxiliar, obediente a la voz del Sumo Pastor y a la dirección de los Obispos». Y, en el nuevo «Estatuto» dado por Pío XII a la A. C. I., dice así el art. 34: «En cada diócesis la Acción Católica depende del propio Obispo, que la dirige en conformidad con las normas supremas de la Santa Sede».

No podemos extendernos mucho, pues es limitadísimo el espacio de que disponemos, en estudiar los diversos documentos en los que Pío XII hace referencia a la «*nueva figura jurídica*» de la Acción Católica Específica, concretamente en la Constitución Apostólica «*Bis Saeculari*» (documento que —según afirma Monseñor de Vizcarra— aún los canonistas de vía más estrecha no pueden negar que es de carácter jurídico), y en el que vemos cómo la autorizada palabra del Papa encomienda, precisamente a la Acción Católica, que ocupa el último puesto entre todas las demás Asociaciones religiosas, el «oficio» de coordinarlas a todas.

La Acción Católica Específica, por lo tanto, llamada por la Santa Sede «ordenamiento príncipe de los católicos militantes», y designada con los nombres de «Primaria», «Oficial» y «Fundamental», debe pensar que es propio de su oficio unir las, ponerlas amigablemente de acuerdo, hacer que los progresos de una sirvan para provecho de las demás, con plena concordia de ánimos, con unión y caridad». Es evidente que la Iglesia, al crear esta nueva «forma nobilísima del ordenamiento príncipe de los católicos», como

la ha llamado Pío XII, no ha querido encuadrarla en los estrechos moldes de las tres figuras clásicas (Terceras Ordenes, Cofradías y Pías Uniones). Tiene, pues, la Acción Católica una «nueva figura jurídica» en la cual la Iglesia asume mayor intervención y responsabilidad que en las ya tradicionales; puesto que no se limita a «alabarlas y recomendarlas», como a las entidades meramente laicales; ni se contenta con «aprobarlas», dándoles facultad para lucrar indulgencias; ni se concreta solamente a «erigirlas» en forma explícita o implícita; sino que va más allá, porque las «instituye» y «constituye» ella misma como «servicios públicos» de la Iglesia, en forma de «institutos colegiados».

En lo que toca a su *necesidad y obligatoriedad*, la Acción Católica es insustituible en el conjunto de sus funciones. Como dice tan sabiamente Monseñor Zacarías de Vizcarra, no basta con intensificar el apostolado particular de las antiguas asociaciones católicas: pues se cometería un error parecido al de aquel militar que creyese que, para vencer a un gran ejército motorizado contemporáneo, bastaría la táctica de organizar numerosas unidades de soldados valientes, a la manera de los guerrilleros de la época celtibérica, guiados por centenares de jefes autónomos sin subordinación a ningún Estado Mayor común, sin cuadros generales de mando, sin distinción ordenada de cuerpos y armas, sin un gobierno único, encargado de coordinar aquel inmenso conglomerado.

Por eso, Pío XII, que no ignora la existencia de muchas Asociaciones de carácter apostólico en la mayor parte de las Parroquias grandes y pequeñas, sin embargo, en su famosa «Exhortación» (de 25 de enero de 1950) pide insistentemente que «en todas ellas» se establezcan «las cuatro Asociaciones Fundamentales de la Acción Católica».

Para conocer bien cual sea la mente del actual Pontífice, en cuanto al punto básico de la «obligatoriedad», conviene tener en cuenta los varios sentidos en que usa el nombre de Acción Católica. Unas veces se llama Acción Católica a todo apostolado católico, incluso al interno de la oración. Otras, en un sentido más estricto, se usa para aplicarlo a las asociaciones que tienen las «notas esenciales» de la Acción Católica de todos los tiempos, pero no de aquella Acción Católica Específica, que la Santa Sede distingue con los nombres de «Gran Organización Central, Oficial, Nacional, Fundamental, Príncipe y Primaria». Otras veces, por último, es a esta gran institución a la que se designa, sin ningún aditamento, y como por antonomasia, con el nombre específico de «Acción Católica».

Teniendo, pues, en cuenta esta variedad de sentidos, veamos como habla Pío XII, sobre este asunto de la obligatoriedad, en su Encíclica «Mystici Corporis Christi»: «Deseamos, pues, que todos cuantos reconocen a la Iglesia como a Madre, ponderen atentamente que, no sólo los ministros sagrados y aquellos que se han consagrado a Dios en la vida religiosa, sino también los

demás miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, tienen obligación, cada uno según sus fuerzas, de colaborar intensa y diligentemente en la edificación e incremento del mismo Cuerpo. Y deseamos que de una manera especial adviertan esto —aunque, por lo demás, lo hacen ya laudablemente— *los que, militando en las filas de la Acción Católica, cooperan en el Ministerio apostólico con los Obispos y Sacerdotes, y aquellos que, en asociaciones piadosas, prestan como auxiliares su ayuda al mismo fin*».

El Papa distingue aquí, en primer lugar, «a todos los que pertenecen al Cuerpo Místico de Cristo», es decir, a todos los miembros de la Iglesia, tanto clérigos como seglares; en segundo lugar, «a los que militan en las filas de la Acción Católica»; y, en tercer lugar, a «aquellos que, en asociaciones piadosas, etc.». Luego, Pío XII indica, con paternal benignidad, que los miembros de la Acción Católica, y los de las asociaciones auxiliares de la misma, advierten ya «laudablemente» esta obligación de colaboración intensa y diligente. Y quien no lo entienda así, quien, por comodidad o por cualquier otro motivo injustificable, teniendo las dotes necesarias para una colaboración más intensa, se cruce de brazos y se contente con una categoría inferior en proporción al número de talentos que Dios nuestro Señor le hubiere concedido, tendrá que darle estrecha cuenta de la mala administración de los mismos en la hora decisiva de su muerte.

En la Encíclica «*Summi Pontificatus*» (20 de Octubre de 1939), refiriéndose no solo a la obligatoriedad, sino también al *fin nobilísimo* de la Acción Católica, pregunta el mismo Pontífice, Pío XII: «¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de «evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo» a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento «las banderas del Rey», ante los que siguieron y siguen las banderas falaces, y reconquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado?».

«El procurar la difusión del reino de Dios—dice más adelante es una orden de mando a la que están obligados cuantos la gracia del Señor arrancó de la esclavitud de Satanás, llamándolos en el bautismo a ser ciudadanos de aquel reino».

Pero, en donde Pío XII declara más explícitamente la *necesidad* de la Acción Católica orgánica para la Iglesia en el mundo moderno, es en aquel discurso que dirigió a un grupo de Consiliarios de A. C. de 14 naciones distintas, recibidos en audiencia, el 16 de junio de 1939: «Nos es particularmente grato veros hoy reunidos aquí, en torno a Nos, a vosotros, queridos hijos nuestros, futuros guías del campo de la Acción Católica, depositarios de nuestras directrices, en un apostolado que en propio nombre revela bien su carácter universal, su trascendental importancia, *su urgente necesidad*».

Y, al hablar, ante 1.200 representantes del apostolado seglar de 74 naciones, en el primer Congreso del Apostolado Seglar, de los distintos grados

de la dependencia de las asociaciones religiosas con respecto a la Jerarquía, dice Pío XII: «Esta dependencia está más estrecha para la Acción Católica; ésta representa, en efecto, el apostolado oficial de los seglares; es un instrumento en manos de la Jerarquía; *debe ser como la prolongación de su brazo*».

Todavía es más expresivo, si cabe, Pío XII, en aquellas palabras que dirigió a los miembros de la Asamblea Nacional de la Acción Católica Italiana, en presencia de los de otra benemérita asociación de apostolado secolar: Vosotros, miembros de la Acción Católica, formáis, por decirlo así, como una sola cosa con el Obispo y con el Papa». (L'Observatore Romano, 6 de mayo de 1951).

Con pena nos vemos obligados a poner punto final a este artículo, que se ha extendido más allá de los límites fijados. Con pena, digo, porque nos dejamos otros importantísimos documentos de Pío XII en los que, de una manera clara y definida va fijando metas e ideales, con sus consignas, a esta Acción Católica, querida también por él, según lo ha demostrado en múltiples ocasiones, «como la pupila de sus ojos». Pero, no pondré fin a esta mi humilde colaboración, como homenaje del B. O. de nuestro Obispado a Su Santidad Pío XII, sin añadir, a manera de colofón, aquel llamamiento que nuestro Santo Papa, «Heraldo de un mundo mejor», dirigió a la Acción Católica del mundo entero, con motivo del XXX aniversario de la fundación de los HH. de A. C. en Italia (12 de octubre de 1952):

«Y ahora, antes de concluir estas Nuestras palabras, quisiéramos confiaros una «consigna». Y, después de aludir al ya conocido mensaje del mundo mejor (10 de febrero del mismo año) dice: «Para éste, que pudiéramos llamar un «segundo tiempo», Nos contamos con los Hombres de Acción Católica, con la Acción Católica entera»... «Amados hijos, Hombres de Acción Católica - termina diciendo - ¡llevad a todas partes vuestra acción iluminadora y vivificadora! ¡Y sea vuestro canto un canto de seguridad y de victoria!:

«¡CHRISTUS VINCIT! ¡CHRISTUS REGNAT! ¡CHRISTUS IMPERAT!»



Después de cuanto llevamos expuesto, y de lo mucho que aún nos ha quedado por decir, ved, sino, la razón que teníamos al afirmar, desde el principio de este trabajo, que si Pío XI fué el «Papa de la Acción Católica», también *Pío XII puede ser considerado como el «Papa del «segundo tiempo» de la Acción Católica*».

**Tomás Rocamora García,**

Canónigo de la Colegiata de Alicante  
y Consiliario Diocesano de los HH. de A. C.

Imprenta Oratorio Festivo  
Orihuela